

JUNTO A UNAS PAGINAS DE CORIOLANO ALBERINI

por Diego F. Pró

En este año de 1986, más puntualmente, el 27 de noviembre, se cerraba el centenario del nacimiento del Dr. Coriolano Alberini, figura representativa de la filosofía argentina en la generación de 1910. Si hacemos memoria del otro margen temporal de su vida, hay que asentar la fecha del 18 de octubre de 1960. Había nacido en Milán, a los tres meses vino con sus padres a la Argentina. El doctor Alberini alcanzó a formarse una personalidad con relieves propios en el cultivo de las disciplinas filosóficas, a las que vivía dedicado desde comienzo de siglo. Tuvo activa y señera participación en el movimiento de renovación de los estudios filosóficos y el ambiente cultural del país, a partir de 1911, junto a otras preclaras figuras de la intelectualidad civil argentina. Sin ánimo de enumeración prolija mencionemos a Ricardo Rojas, Leopoldo Lugones, Enrique Larreta, Ricardo Levene, Alberto Rougés, Emilio Ravignani, Carlos Ibarguren, Alejandro Korn y tantos otros hombres ilustres de la cultura argentina del siglo XX.

La figura del Dr. Alberini se caracterizó por ser múltiple y variada, dentro de la más estricta unidad de su vocación. Supo conciliar el pensamiento y la acción. La filosofía en él no podía negarse a ser orientadora y guía en las cuestiones profundas de la cultura nacional. Por eso su nombre aparece asociado a la renovación espiritual y material de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, donde todo su esfuerzo estuvo siempre orientado a instaurar una seria cultura filosófica. En su tarea universitaria, que se dilató por más de treinta años, y se extendió a la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de La Plata, a la Facul-

tad de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires y al Colegio Libre de Segunda Enseñanza, se veía favorecido por su nutrida información, su claro y brillante talento y sus extraordinarias condiciones de expositor y de crítico. El sabio Einstein —que prologó su libro *Die Deutsche Philosophie in Argentinien*— dijo de él “es un hombre de singular ingenio y talento”; y el ilustre matemático italiano Federico Enriques manifestó, con referencia al Dr. Alberini, “Que por su vasto y profundo saber, y por su espíritu penetrante, podría figurar con prestigio en cualquier universidad europea”.

Algunas enseñanzas esenciales dejó el itinerario de esta prolongada vida universitaria. Más allá de los pormenores de su pensamiento y acción, los rumbos de esas enseñanzas de valor perdurable son los siguientes: 1) supo elaborarse una personalidad vigorosa en el ámbito de la cultura argentina, tras de vencer muchas dificultades, unas de ambiente, como las de sus primeros años y la de su formación, hasta físicas y corpóreas, huellas hondas que dejaron en su carne los achaques de una parálisis infantil. Supo elevarse desde un hogar modesto hasta las más altas dignidades universitarias del país. En sus años juveniles prefirió al camino llano de las ideas establecidas, el áspero de las ideas renovadoras y la lucha contra intereses y hombres que representaban aquéllas. No fue universitario de pensamiento y acción periféricos. Ni enredadera ni ostra. Y dicho sea al sesgo, el que Alberini haya podido transitar todas las gradas universitarias, desde la de escribiente hasta la de Rector, habla bien del país, de su permeabilidad social y de su democracia esencializada. 2) Fomentó siempre la conciencia de la libertad intelectual, la estimuló y la desarrolló en sus alumnos. La meta de la educación filosófica era para él la personalidad de los estudiantes y no la transmisión dogmática de estas o aquellas doctrinas filosóficas. Libertad intelectual y conciencia crítica. 3) Afirmó siempre la eficacia del pensamiento filosófico, el único que podía dar profundidad o tercera dimensión a la cultura argentina. 4) Fomentó la conciencia de la unidad de la cultura, que sólo podía adquirirse por vía filosófica. Aquella unidad reposaba en última instancia en la unidad del espíritu humano. Así como no concebía la cultura sin filosofía, no concebía el espíritu humano sin fermentos y problemas filosóficos, así

fueran inconscientes y no lúcidamente conocidos. 5) Y finalmente, alentó la necesidad de una tarea cultural de sentido y acentos nacionales, siguiendo en esto la actitud de la generación de 1837, particularmente de Alberdi. La humanidad desenvuelve su espíritu a través de las individualidades nacionales. Ni nacionalismo cerial ni cosmopolitismo vacuo: lo universal concreto.

El mejor homenaje que se puede tributar a un pensador consiste en la lectura de sus escritos. Lejos de las rimbombantes matracas de nuestro tiempo, ofrecemos a la silenciosa lectura del lector algunas páginas inéditas del Dr. Alberini. Se trata esta vez de las que componen su ensayo sobre el tema de "Profundidad y Claridad Filosóficas", elaborado hacia 1950, aunque sus ideas vienen de más lejos en el tiempo. El lector advertido podrá disfrutar de la calidad de su pensamiento y los rasgos de su estilo eficaz, enérgico y esbelto. He aquí el texto.

TEXTOS Nº 1

PROFUNDIDAD Y CLARIDAD FILOSOFICAS

Dr. CORIOLANO ALBERINI

Lo dicho hasta aquí prueba que la cultura argentina ha logrado enriquecerse singularmente con un matiz nuevo: el sentido de la *profundidad* intelectual y el amor a los conocimientos especulativos. No discutamos si cabe hablar de la hondura de las cosas o de la profundidad como aspecto subjetivo. En rigor, el concepto de profundidad hay que buscarlo más bien en el mundo espiritual. Todos los prodigios que hace, v. gr., la física superior, poco o nada valen frente a la realidad de la persona humana. ¿Qué valor tiene el átomo frente a un elemento nervioso de los lóbulos frontales humanos, culminación de la naturaleza? Fuera de duda, estamos aquí

ante la realidad más excelsa, aún cuando ese hecho *tenga* como condición las formas inferiores de la realidad. Corresponde *tener* en cuenta la parte de fatalidad que alienta en el hombre como naturaleza, esto es, el elemento telúrico, el biológico, el antropológico, el racial, el psicológico inconsciente, y, por último, la conciencia activa, la autoconciencia y la personalidad. Toda filosofía, pues, que niega el valor intrínseco de la personalidad, está quebrada por dentro. Sin ella no cabría hablar de conocimiento primordial. Hasta para negar la personalidad y convertirla en epifenómeno, es menester contar con ella, no obstante haberla negado. De ahí que la filosofía tenga su centro en la persona humana. Este concepto capital está en la esencia de la cultura filosófica argentina. Por suerte nuestra, dicho concepto mantiene enhiesto el espíritu. Es uno de los fines fundamentales de la filosofía. Toda otra cosa sabe a automatismo o animalidad.

No menos digno de mención, siquiera en forma por demás sumaria, es considerar que el punto de arranque de la filosofía, consiste en la idea de intuición racional. La intuición es un conocimiento concreto del hecho particular; la razón es el conocimiento de lo universal. No se concibe la una sin la otra. Ni nominalismo, pues, ni abstracción pura. Razón, sí, fecunda por la intuición. Razón abierta y en función de la realidad. Siempre hemos pensado que Bergson, gran filósofo por cierto, debió profundizar mucho sobre metafísica, no obstante ser ella desde ya profunda. No en vano insinúa, al pasar, a manera de escape, en mi sentir, un pensamiento muy fundamental, expresado en su libro sobre *La pensée et le mouvant*, pág. 69: "Il ne sera donc pas inutile d'ouvrir ici une parenthèse sur ce qu'on pourrait appeler les généralités objectives inhérentes à la réalité même". "Si restreint qu'en soit le nombre, elles sont importantes et par elles-mêmes et par la confiance qu'elles irradiant autour d'elles, prêtant quelque chose de leur solidité à des genres tout artificiels. C'est ainsi que des billets de banque en nombre exagéré peuvent devoir le peu de valeur qui leur reste à ce qu'on trouverait encore d'or dans la cause". *Generalidades objetivas, repito, inherente a la realidad misma*

Nada más fundamental. Bergson no llegó tan lejos en todas sus anteriores obras. El devenir del ser implica el ser del devenir,

si vale el metafísico retruécano. Existe una claridad mental en nuestro país, creada, fundamentalmente, por influencia del pensamiento filosófico francés durante la época de la emancipación nacional, sin mengua del fondo español, y las ideas que originariamente no eran francesas, nos llegaron, en la forma y el espíritu, a través de la cultura francesa. En cierto modo, cabría admitir, discretamente, la intencionada *boutade* de Leopoldo Lugones: "El galicismo es la civilización del idioma". Ello no impide que el mismo Lugones haya celebrado la actualidad de la prosa de Quevedo.

La claridad mental argentina tiene una evolución. Alberdi es todo un modelo al respecto, no obstante ser su pensamiento no siempre profundo; más aún: alguna vez, su forma es un tanto ingenua. Bien se evidencia en la más filosófica de sus obras: *Fragmento preliminar al estudio del Derecho*. Vayan algunos ejemplos, tomados de la obra mentada: "—Se ha dicho que el estilo es el hombre; debe añadirse que el hombre es el espacio y el tiempo". (Pág. 45).

"Si la lengua no es otra cosa que una faz del pensamiento, la nuestra pide una armonía íntima con nuestro pensamiento americano, más simpático, mil veces, con el movimiento rápido y directo del pensamiento francés, que no con los eternos contorneos del pensamiento español". (Pág. 46). "A los que no escribimos a la española, se nos dice que no sabemos escribir nuestra lengua. Si se nos dijera que no sabemos escribir ninguna lengua, se tendría más razón. Decir que nuestra lengua es la lengua española, es decir también que nuestra legislación, nuestras costumbres no son nuestras, sino de España; esto es, que nuestra patria no tiene personalidad nacional, que nuestra patria no es una patria, que América no es América, sino que es España, de modo que no tener costumbres españoles es no tener las costumbres de nuestra nación. La lengua argentina no es, pues, la lengua española: es hija de la lengua española, como la nación Argentina es hija de la nación española, sin ser por eso la nación española. Una lengua es una facultad inherente a la personalidad de cada nación, y no puede haber identidad de lenguas, porque Dios no se plagia en la creación de las naciones". (Págs. 46 y 47).

Ya se ve que el historicismo lingüístico de Alberdi, penetrado de pasión política, es un tanto excesivo. En todo caso, ello se explica, también, por su cultura por demás francesa. Pero fuera injusto negar que ese galicismo, a su hora, resultó fecundo. El estilo filosófico castellano logrará forma elevada, sobre todo a partir de los últimos años, sólo comparable a la alcanzada por el estilo literario, en manos de Rubén Darío, Larreta, Lugones, Groussac. En estos eminentes literatos, el francés, por ejemplo, adquirió función catalítica. Contribuyó a provocar la revelación de formas inéditas de nuestro idioma. Ortega y Gasset hizo lo mismo, genialmente, con el alemán, merced a un sentido profundo de las esencias del clasimismo, y todo ello sin caer en los lamentables defectos de la prosa filosófica alemana. Esto es lógico, sin desconocer el valor eminente del pensamiento germánico.

El estilo filosófico vivirá, así, una nueva fuerza expresiva, bella y clara, sin menoscabo, se comprende, de la más selecta tradición espiritual del mundo hispano-americano.

Puede decirse que el pensamiento argentino alcanzó discreta madurez a principios de este siglo. Nos referimos, claro está, a los problemas cardinales de la filosofía, no tanto a los trabajos históricos, sociológicos, literarios, etc. Surge, pues, más o menos hacia 1910, un sentido filosófico que ya comienza a saber a profundidad, esto es, abandona lentamente el carácter periférico de esa claridad, bajo el influjo de la cultura universal.

Mucho se ha discutido sobre la idea de profundidad en filosofía. La hondura es calidad del espíritu que se refiere al conocer y no al objeto conocido. El objeto en sí, en rigor, no es claro ni obscuro. Desde el punto de vista de la formación del espíritu filosófico, se trata de la claridad que debe estar en el sujeto. El estilo filosófico debe ser claro, sí, pero no con claridad periférica. La claridad es la virtud del filósofo, dijo Vauvenarge, que con tanta complacencia repite y preconiza Schopenhauer, o sea que no nos referimos a la claridad del agua. Ya que estamos de comparaciones, haremos una más gráfica que elegante: el estilo filosófico debe ser como el aceite puro de oliva gálicamente refinado; diáfano, cristalino y substancioso.

El "abismo" de Pascal, con su vértigo metafísico, tendrá toda la profundidad que se quiera, pero ésta no puede revelarse sino por medio de la profundidad del espíritu. Nunca se acaba de profundizar una idea filosófica. Prueba tenemos en la evolución del enfoque de la conciencia atenta. Cada época ilumina de nueva manera el objeto.

En cierto modo, algo parecido podría decirse de la poesía. El objeto poético no varía en sí, pero cambia la concepción artística. ¿Qué no se ha dicho de la luna, desde la poesía clásica hasta la romántica? Recuérdese la luna de Chateaubriand, inventor de "una nueva manera de estar triste", como dijo Lemaitre. Carducci llamó a la luna "vieja solterona". De un Angel de alta jerarquía dijo que era un "spennato Arcangelo". ¿Y Leopardi no le preguntaba a la luna por qué no se aburría? Así como hay, pues, un enfoque lírico variante, según épocas y personalidades, existe un enfoque filosófico cual propiedad del sujeto que ilumina el objeto. No se trata, claro está, de claridad literaria, sino, y sobre todo, de claridad de las ideas, que suponen la realidad como objeto que se impone al sujeto. Claridad significa progreso intelectual de la conciencia, de la autoconciencia, o sea, del pensamiento que se observa a sí mismo. Ello implica, entonces, que la claridad es también una virtud moral, pues la verdad supone la rectitud de la conciencia, y cuando no se ha logrado esa transparencia, es menester contar con la conciencia clara de la misma obscuridad, por así decirlo. Nunca se acaba de profundizar la conciencia del objeto, pero es necesario tener el sentimiento de nuestra relatividad. Es todo un progreso de la cultura de un país, máxime de un país en estado filosófico embrionario, como corresponde a un pasado de escasa tradición en este género de estudios.

No teníamos una seria historia filosófica, pues la Argentina, como los demás países latino-americanos, conservaba, en buena parte, carácter colonial. Para terminar con este capítulo, permítasenos recordar que en la época de Alberdi no había relevante filosofía en España. Después explotó, por obra y gracia de Sanz del Río, el krausismo, hórrido maridaje entre una filosofía turbia y subalterna y el idioma castellano, con un castellano, lo llamaremos así, hecho de prosa jadeante y laberíntica. Ortega y Gasset, ar-

tífico insigne, vuelve a la filosofía alemana y, por vía Madrid, ésta llega a Ibero-América. El maestro, al menos, no cayó en la prosa de la tudesca pedantería catedrática. Alguna vez tuvimos epígonos tropicales. Cabe suponer, y mucho, que en la Argentina sabremos asimilar, con fuerza propia, lo mejor de cada estilo filosófico europeo.

Claridad mental filosófica, pues, y *docta ignorancia*, interina o no, ya que el saber no tiene límites. Mas se impone la clara conciencia del no saber. Claridad relativa, se entiende, pero progresiva. Hay "espíritu claro", sin duda, pero muchos llegan a la claridad a fuerza de ceguera por los problemas, sobre todo los filósofos. Recuerdan a la claridad del sol, de un sol bien pintado, tal como se ve en el teatro. Así fue la claridad de la filosofía positivista, entre otras. Más aún: es oportuno recordar que sus expositores fueron menos claros que sus maestros. Como dijimos alguna vez, sus cerebros se parecen a una esponja vieja: absorben el agua limpia y la devuelven turbia. ¿Qué no será cuando la turbiedad nace con el creador? La claridad debe ser, ante todo, aut claridad.

* * *

Dado el carácter elemental de la actividad filosófica argentina, se ha pretendido dar de ella una explicación según la cual la filosofía estaba subordinada a la economía, máxime durante el período positivista, casi siempre vergonzante. Conviene recalcar que esos equívocos no tienen mucha importancia en Europa. Allí sobra fuerte estómago filosófico para digerir las piedras de semejante filosofía, la llamaremos así. No cabe pensar lo mismo de países dominados por un grueso pragmatismo colonial, del que vamos saliendo lentamente, como bien lo demuestra el surgimiento de un recio y amplio espíritu filosófico, tal como se evidencia en este libro del doctor Farré⁽¹⁾.

Se alegaba que había un Positivismo popular, más o menos influyente sobre el filósofo. Se olvida que la palabra "positivismo"

(1) Alude, Alberini al libro del Dr. Luis Farré *Cincuenta años de filosofía en la Argentina*. Edit. Peuser, Buenos Aires, 1958.

es en extremo vaga, y cuanto más, vinculada al trivial espíritu utilitario. Nada más injusto, pues, y lo afirmamos no obstante nuestro concepto severo del positivismo. Podrá admitirse que el predominio de los valores económicos pueden fomentar la frivolidad, pero es absurdo subordinar las ideas totalmente a los intereses, y en forma especial las filosóficas. Mencionemos un pensamiento de Marx, expuesto en el prólogo a su *Crítica de la economía política*: “El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social. política e *intelectual en general*”. Es oportuno subrayar lo de “*intelectual en general*”, que, por lo demás, es una frase un tanto equívoca y fue exagerada, maniáticamente, por los epígonos. En el fragmento transcripto, está toda la esencia del llamado materialismo histórico. En rigor, debería denominarse “*historicismo económico*”.

Se ha pretendido convertir todas las doctrinas filosóficas a meras “*ideologías*”, como se dice ahora. Así lo quieren las formas hiperbólicas del materialismo histórico, el cual, diremos de paso, evita dar una explicación marxista del marxismo. Argúyese que la modesta filosofía argentina no es sino un instrumento para la acción económica, etc. Jorge Sorel, el metafísico del sindicalismo, quiso dar una explicación del origen de la idea de progreso como un modo de la economía burguesa. Admitamos que esa doctrina es ideológica en su origen. Ello no prueba, sin embargo, que la idea de progreso sea un interés social protegido. Pura “*ideología de vencedores*”. Repetimos que la explicación pudiera valer para el origen, pero no para su evolución superior. La idea de progreso, como otras tantas ideas filosóficas, se emancipa de la causa que le dio origen, pero con el andar del tiempo se trocó en principio de valor universal. La idea filosófica de progreso se despoja de su contenido económico. La formación psicológica de una idea nada prueba contra el valor lógico de la misma. Vaya un ejemplo: se ha dicho que la idea de justicia es, en el fondo, un acto de venganza y éste un acto reflejo. Supongamos que fuera así. Eso no probaría sino que la idea de justicia se ha emancipado de su origen. Ahora es un valor ético autónomo. Las teorías mecánicas de la evolución, siempre han tendido a explicar lo superior por lo inferior, de donde resulta que lo superior es un episodio epifenoménico de lo inferior. No menos absurdo es eliminar el factor

contingencia, tanto más grave cuanto más nos elevamos en la escala de la cultura humana. Bien está que se tenga en cuenta lo telúrico, lo biológico, lo antropológico, lo racial, lo psicológico inconsciente y demás factores automáticos, pero no cabe creer que se puede suprimir el papel eficiente de la razón humana.

El principio de progreso es ahora un postulado inevitable, sea el que fuere su contenido. Si la cultura filosófica argentina es rudimentaria, búsquese otra explicación, pero bajo ningún concepto se invoquen las maravillas chismográficas de la "ideología", a la manera de Sorel, Nietzsche, etc. Hurgaban con suspicacia estrecha y sectaria los bajos fondos de la psiquis social e individual. Absurdo, pues, ver en la filosofía un simple miraje de las "ideologías".

Nada más sugestivo que recordar la tesis de filosofía política sostenida por Le Dantec, según la cual los principios de la Revolución Francesa, —libertad, igualdad, fraternidad—, son insostenibles frente a las verdades fundamentales de la biología. Otros, en cambio, dicen, y con mayor razón, que la democracia ideal supone la realidad de la persona humana y ésta la libertad objetiva y subjetiva. Es que, en rigor, sobre un mismo fondo filosófico pueden florecer múltiples y muy opuestos credos políticos, económicos, etc., sin que ello implique invalidar las teorías cardinales de la filosofía. Nietzsche, v. gr., profesó una "ideología" no menos fantástica. Fue un psicólogo genial, agudo, suspicaz en gran extremo. Mezcla un profundo realismo con la propensión alucinatoria. Se dedicó a limpiar los establos del alma. Pero, a fuerza de raspar, acabó con el alma misma. Las teorías no contienen verdad alguna, dice Nietzsche. Lo que afirman los filósofos no es, precisamente, lo que se afirma. Todo se reduce a ideologías decadentes o triunfales. La vida intensa es el supremo criterio de verdad, —aunque, si bien se mira, no nos dice nunca qué se entiende por "vida intensa". Donde los cultores hiperbólicos y maniáticos del marxismo ponen la economía, él prefirió colocar la idea de vida, interpretada al modo romántico y archividualista. Llegó a sostener la negación de la idea de verdad objetiva. Sostuvo que la ciencia positiva, las filosofías, —todas, menos la de él, claro está—, la música de Wagner, etc., eran mentiras vitales, de tipo decadente. Estas teorías se reducen a un sofisma que consiste en trocar la parte en

el todo, de tal manera que se hace imposible la demostración de la propia tesis de Nietzsche. Sin duda, la razón es fecunda en errores, de errores más o menos útiles, a los cuales llamamos creencias, pero ello no da derecho a convertir el error en esencia de la razón. Nada más absurdo, pues, que semejantes doctrinas sobre la naturaleza de la verdad. Platón las llamaba "misología". Ello significa "enemigos de la razón". Sería mejor, lisa y llanamente, denominarlas "filodoxias" pragmáticas. Es lo que yace en el fondo de toda teoría gnoseológica exageradamente intuicionista. La intuición realista, tal como hoy cunde, revela cuanto más la verdad a base de juicios particulares, pero no de principios necesarios y universales. De lo contrario, a fuerza de suspicacia y afán de hurgar los bajos fondos del alma humana, no hay filosofía posible. Dígase lo que se quiera, la filosofía tiene como base y punto de arranque esencial el método de la intuición racional.

Más influjo halló entre nosotros la doctrina ultramaterialista histórico-económica que exagera la misma teoría de Marx, pues se olvida que ella descansa sobre algunos principios hegelianos. Se diría que Marx se exagera a sí mismo; Lenin exagera a Marx, y los epígonos, que se han multiplicado con furor leporino, han llevado la tesis "ideológica" hasta el delirio de la acción maniática.

Cabe recordar que actualmente han logrado cierta difusión las doctrinas de alta física, tales como las que sostienen Broglie, Heisenberg, Dirac, etc., las cuales han comprometido, en parte, el determinismo, sentando el "principio de indeterminación". Verdaderas o no, esas teorías nada tienen que ver con la "ideología" política. Sin embargo, los políticos de corte furiosamente marxista, sostienen que semejantes teorías son, si bien se mira, pura "ideología" burguesa...

Según ellos, lo único que se logra es poner de moda el libre albedrío! Estos maniáticos de la deducción, que nunca han visto un laboratorio, ni cultivado el cálculo, y no saben ni siquiera historia de la filosofía, ignoran que, en cierto modo, estas teorías mucho recuerdan la física especulativa creada por Epicuro y cantada por Lucrecio, el cual introdujo la idea de "clinamen", o sea, instauró el principio de contingencia, contra el mecanismo absoluto

de Demócrito. Ya se ve, por tanto, que el gran poeta romano era un precoz burgués!

Se asegura que el miedo ha creado a los dioses. Lo dice bellamente Lucrecio. Admitamos que es así. Mas, no nos quedemos con ese motivo psicológico. Sólo cabría decir que una superstición se ha transfigurado en una noble y profunda inquietud espiritual, pues nada más legítimo que el problema de lo divino, tal como lo entienden los grandes teólogos, cualquiera sea el concepto que nos merezca semejante problema.

El desierto despertó la idea de infinito, dicen. Es posible. Pero, ¿qué tiene que ver ahora el desierto con la filosofía del infinito? Lo repetimos: no cabe confundir la psicogenia con la lógica. El pensamiento humano, como la varita del mágico prodigioso, todo lo transmuta en oro, sea la que fuere la índole de la sustancia primitiva.

Resulta, por tanto, en extremo grave que ciertas vaguedades solemnes, cuando no monstruosas, se difundan en demasía, máxime en países que están aún en plena formación filosófica. Reconocemos que puede haber aquí, como en todas partes, castillos de naipes ideológicos, pero de ninguna manera como principios cardinales de filosofía. Tener en cuenta, seriamente, este punto de vista, es el único modo de esbozar, en forma cada vez más progresiva, el espíritu filosófico, tal como alienta en la filosofía clásica, entendido por clásico lo que está por encima de la moda y del egoísmo humano.

No nos referimos a la mayor o menor dosis de fuerza explicativa que pueden tener estas teorías sociales que explican de abajo, tales como las económicas, telúricas, sociales, inconscientes, etc. Preferiríamos creer que los autores, los más talentosos, deberían explicar ellos mismos sus propias teorías. Un racista, sería ridículo que diera como prueba de su teoría su propio arquetipo, y ello por auto-decreto. El error reside en erigir la parte en todo, ya que todas esas teorías un adarme de verdad pueden tener. Al incurrir en aquel sofisma, que rebaja al hombre, han acabado con el alma, inclusive con la de ellos. Ciertamente que, en tal o cual caso, y en el fondo de sus doctrinas, vibra, en forma leve, el pensamiento puro, como energía espiritual. En suma: son mejores de lo que parecen.

Se diría que están cerca del arrepentimiento filosófico. Es el caso de Marx, Nietzsche, Freud, Spengler. Lo grave resultan los epígonos. Marx, por ejemplo, en tren de combate, se exagera a sí mismo. Lenin exagera a Marx y la prole menuda hincha a los maestros. No nos sorprendamos. Existe una función histórica de la hipóbole. La acción de las multitudes necesita de las bandas sonoras y de ritmos primitivos, practicadas en grandes dosis, todo a base de metales, viento y vacuos instrumentos contruidos con piel de burro. De este modo se descarga la sensibilidad dinámica colectiva. Así triunfan los grandes creencias colectivas, buenas o malas. ¿No se podría decir lo mismo del *Contrato Social* de Rousseau? Creyó que sería Derecho Natural. Llenó el mundo. Sin embargo, es en gran parte, puro sofisma. Lo que vale es, si bien se mira, no ya el esquema abstracto, sino un sentimiento que responde a tal o cual impulso histórico.

Es lógico, pues, imaginar que esas doctrinas se convierten en filodoxia práctica y melodramática ideológica cuando llegan a la calle. Este es el peligro que significan todas estas reacciones medulares, sobre todo en comercas filosóficas indoamericanas. En Europa, en cambio, cunden esas doctrinas, pero hay crítica. El peligro misológico no es tan grande, porque hay una vida mental superior. No así en nuestros países de vida filosófica incipiente. Repetimos que semejantes doctrinas ideológicas contienen, a veces, muchas o pocas verdades. Admitimos que en sus comienzos una forma de la realidad social puede ser subalterna, pero no cabe creer que la evolución ascendente queda allí. Una flor puede nacer en el barro y, en parte, nutrirse de él, pero es absurdo negar la existencia del ímpetu vital. Permítasenos mentar un pensamiento creado con propósito pesimista, pero susceptible de una interpretación más profunda. Así habló un asceta medieval: "*Inter stercus et urinam nascitur homo*". Esto es verdad. Sí, pero ello nada prueba contra la elevación ontológica del hombre y su correlativa altura axiológica, ya sea virtual o manifiesta.

Pueden darse tres opciones:

1) Hay posiciones "ideológicas", como en el caso de las fórmulas jurídicas, estrictamente subordinadas a la economía; 2) pue-

de ocurrir que la economía sea una condición indirecta de un fenómeno social, estético, etc., pero una vez producido, su valor ya no depende de la economía; 3) o bien, el pensamiento existe en forma autónoma, inmune en absoluto de "ideología". Quiere decir que no todo es "ideología". Creer lo contrario, sería escepticismo práctico. Inútil, pues, pensar que los problemas de la justicia social sólo pueden resolverse negando el espíritu humano. No es indispensable convertir la cuestión filosófica en un problema gastronómico.

Bienvenida, pues, la noción de "ideología", pero, en forma parcial. Nunca en lo tocante a filosofía prima. En última instancia, se podría probar que el factor económico depende del moral, o sea del concepto general de la vida. Pero no cabe duda que, con frecuencia, la economía creada por el hombre, acaba por dominar a su propio creador. La economía será *necesidad*, pero lo será de hecho, es decir, contingente. Mas, de una contingencia en extremo disfrazada de necesidad, de tal manera que bien parece necesidad absoluta, y tanto más lo parece si se tiene en cuenta la mediocridad moral del hombre, siempre pronto a dejarse dominar por los ídolos. Pero, de cualquier manera, no se caiga en la hipérbola de la "ideología", ni se erija el materialismo histórico en materialismo metafísico. Ya se sabe que estas perversiones son hipérbolas frívolas de sectarios ajenos al pensamiento de los grandes corifeos de esas doctrinas. La "ideología" atrae a los semicultos, máxime a quienes les sobra temperamento político complicado con las ideas llamadas filosóficas. Inútil dejar constancia de que semejante actitud intelectual, constituye un grave inconveniente para formar una educación filosófica argentina. Tales adoquines pueden ser digeridos por el estómago europeo, pues existe allí una severa tradición crítica, mas no en Latino-América, siempre pronta a entregarse a la ligereza, muy propia de comarcas que hasta hace poco aún sabían a espíritu colonial. De ahí por qué hemos afirmado, muchas veces, que el problema filosófico entre nosotros es, ante todo, un problema de educación filosófica. Por suerte, en este libro bien se ve que la filosofía está tomando la severidad que le corresponde. Mas, todo ello no incluye ningún propósito despectivo contra la filosofía práctica: sólo se trata de no confundir esferas, muy

íntimas, pero distintas. Ya lo dijo Bergson: "Hay que pensar como hombres de acción y obrar como hombres de pensamiento". Y venga a cuento una ocurrencia criolla, muy oportuna para recalcar la esencia de tantas fantasías "ideológicas". Un gaucho, sin duda e hijo de la vejez de Vizcacha, de cuya "*Weltanschauung*" era prosélito, sin saberlo, se negó a venerar la imagen de un santo tallado en madera. Alegó que a él no se le engañaba, porque a ese santo lo había conocido cuando aún era naranjo... La imagen hagiográfica le resultaba, pues, puro epifenómeno... La malicia del incrédulo ostentaba gracia, y no menos rapidez de incompreensión, exactamente como ocurre con cualquier doctor indocto o político cazador de "ideologías". Verdad que no les falta vigor para pensar a medias, pues, como siempre, sólo en lo superior columbran lo inferior. Explicar desde abajo, es una forma de positivismo. Algunos de sus representantes, pequeños hombres de acción, caen francamente en un pragmatismo naturalista. ¿Cabe mejor prueba de misología, máxime en países nuevos?

* * *

TEXTO Nº 2

LA FILOSOFIA DE LA CATARSIS *

CORIOLANO ALBERINI

Un eminente clínico argentino, rico de cultura general, y también filosófica, solía decirme que junto a un enfermo debe estar un médico y un filósofo, y tanto es verdad si se considera que el hombre es un compuesto de cuerpo y alma. Debe advertirse que han de estar junto al enfermo movidos con un criterio científico.

* El objeto de esta teoría reside en dar forma elevada a la psiquis humana, pues sólo así se puede tener un criterio normal para determinar el anormal. Con un criterio determinista absoluto no cabe hablar de un criterio normal ya que todo es determinismo.

Esta verdad sube de punto si se considera que la enfermedad afecta órganos fundamentales. Me refiero sobre todo a las dolencias del tipo psicológico, donde no sólo existe la influencia de lo físico sobre lo moral sino de lo moral sobre lo físico. Basta recordar que se ha considerado ciertas entidades nosológicas como puramente psicológicas. Véase sino la idea de psicosis, a la manera de Janet o de Freud. Como es natural, este tipo de médico debe tener una cultura en extremo fina, como corresponde a quien maneja una realidad en extremo imponderable. Nada más justo, pues, que crear un grupo de disciplinas bajo el rubro de higiene mental.

Pero se debe comprender que esta disciplina fatalmente impone un serio capital de cultura filosófica y humanista. Buen ejemplo de ello ofrecen la formación mental de hombres como los sabios mencionados. Ciertamente que no es posible ser enciclopédico. Se ha dicho que la cultura general está fundada sobre ignorancias particulares. Por cierto es toda una tragedia de la cultura el que un hombre de estudio se vea obligado a limitar su saber. El que sabe bien una cosa puede lograr fama de maestro, siempre que se mantenga dentro de una exacta división de trabajo. Sin embargo, el problema de la unidad de la ciencia es cada día más inferior. Para resolver de alguna manera esta dificultad, dividiremos el saber en tres regiones: cultura especial, cultura general, y cultura fundamental. De la primera nada diremos por ahora. Ya sabemos en qué consiste. De la segunda, diremos en forma sumaria, que para ella se hizo una expresión ingeniosa: debe ser formativa más que informativa. Lo importante no está en saber demasiado, sino tener un criterio que le interese, con espíritu crítico y saber como debe hacer el estudioso para saber lo que ignora. Es la única manera de eludir la estrechez de espíritu, y tener muy presente que la cultura, como función del espíritu, es una e indivisible, sin que ello implique tener de inmediato todas las formas del saber. Esta cultura general ha perecido, ya colinda con lo que se llamó *docta ignorancia*. Por otra parte, no puede negarse que una cultura especial, si se profundiza así misma quiera que no exige el auxilio de otras disciplinas, cuando no filosóficas, cuya base comporta la unidad de la ciencia. Permítaseme entonces señalar la tercera forma de la cultura o sea la fundamental. Merced a ella nos vemos obligados a tener el sentido de los problemas cardinales que pue-

dan excitar el mundo del interés humano. Este tipo de cultura es inevitable. Tanto es así que Pascal dijo: "renegar de la filosofía es una manera de hacerla". No hemos de profundizar este tema, si queremos una consciencia técnica del concepto de cultura filosófica. El vulgo profesa siempre una concepción general del mundo y de la vida. Como diríamos en términos técnicos, el hombre tiene consciencia y se ve obligado a plantearse problemas acerca del fundamento de su conducta o sea que junto con el problema ontológico el problema de lo deontológico. Más aún: los problemas filosóficos cardinales son tres: gnoseológico, metafísico y axiológico. El primero, se refiere al valor del conocimiento; el segundo, a la realidad última; y el tercero, al problema de los valores humanos, o sea los ideales. Estos tres problemas se los puede imaginar como una pirámide de tres lados, formando una punta que es la filosofía. Las ciencias positivas y matemáticas están íntimamente vinculadas con la ciencia filosófica, especialmente y sobre todo con las disciplinas filosóficas. Así se constituye el organismo de la cultura. Aplicando un símil, imaginado por el gran fisiólogo español Letamendi, cabe decir que "no hay más que un sólo órgano, el cuerpo; y una sola función: la vida". Nada más claro que este modo de cultura, máxime a las ciencias de la humanidad, y dentro de ellas a las ciencias médicas de carácter psicológico. Cabe de paso mentar un proyecto sobre doctorado de la Universidad, que presenté hace años, no se consideró. La idea esencial de este proyecto era la de que el "doctorado" debía otorgarse por la Universidad, no por la Facultad. Así un ingeniero, un abogado, un médico, etc., obtendrían el título de doctor siempre que aprobaran una serie de materias de espíritu filosófico y humanista, claro está que vinculadas a las disciplinas de su Facultad, y alguna de carácter general como ser Introducción a la Filosofía, etc.

Por ello, surge aquí el carácter de humanista de la cultura en sus formas superiores. Mucho se ha discutido sobre el concepto del humanismo, se trata de una idea en extremo compleja. Bástenos, para nuestro fin citar el que resulta más claro. Sería este: ¿cuáles son los caracteres que distinguen al hombre?. Frente a la animalidad no busquemos determinar la parte morfológica sino la espiritual. El hombre es un ser relativamente libre. Es libre dentro

del espacio y del tiempo de manera que su conducta está vinculada al mundo inorgánico, al mundo orgánico, al mundo social, al mundo inconsciente, etc. Pero ello no basta. Hay que buscar un carácter que sea privativo del hombre, y este rasgo no es sino la libertad, así sea una libertad limitada. De otro modo, el hombre vive sumergido en la animalidad, o sea en un determinismo. El hombre en cambio, es comparable a un ser que estando sumergido dentro del mar, de cuando en cuando, emerge su cabeza afuera y logra contemplar la belleza del cielo, y esa emergencia es lo que se llama personalidad humana, que está hecha de personalidad y valores.

No menos se ha discutido sobre el concepto de personalidad, presentándola, como carácter, temperamento, psiquis, etc. Nada más absurdo. La personalidad es la parte de la psiquis humana que está hecha de acción libre y práctica de los valores. Todo lo demás no es sino automatismo. Sin duda el automatismo tiene un valor inmenso sobre todo cuando toma forma normal. He aquí por qué después de este ligero análisis sostenemos que humanidad es palabra que simboliza los ideales de la cultura fundados en la idea de personalidad. Nada, pues que el enfermo es una persona, no ya una cosa.

Determinada la posición de la filosofía cumple tratar en forma específica cual parte incumbe a las funciones que tiene ella en la axiología de las ciencias filosóficas o ciencia de los valores, y la de ésta en las ciencias médicas. Los valores fundamentales son cuatro: el bien, la verdad, la belleza y la utilidad. Cualquiera de estas formas de la conducta humana cabe en alguna de ellas, cuando no es en varias, ya que el valor bien por ejemplo puede caber junto a la estética, moral, lógica, etc. Para las ciencias médicas el valor esencial es el valor llamado salud. Como es lógico la fijación del valor salud o sea la definición de la normalidad nos llevaría a definiciones en extremo complejas y enredadas. Hasta se llegaría a conceptos definitorios de la más pura paradójica humorística. ¿No se dijo por ejemplo, que la vida es una enfermedad mortal? Hay que admitir que en términos generales la vejez, el mal y la muerte son normales. Por consiguiente nada más natural que esas modalidades del mundo biológico. La dificultad sube de punto si te-

nemos en cuenta que el hombre no sólo vive sino que sabe que vive, y esa es precisamente la causa del carácter relativo de la normalidad. El hombre lucha por la vida *consciente*. Recuérdese que las teorías místicas de la creencia en la inmortalidad, ya sean terrenal o de ultratumba, suponen precisamente la realidad de la consciencia, más aún de la autoconsciencia. A este respecto nada más oportuno que citar una anécdota referida por Unamuno. Ocurrió que el afamado escritor español amante de los temas místicos, anduvo de paseo por la campiña de los alrededores de Salamanca y entabló conversación con un viejo mendigo al cual preguntó si él creía en Dios. Pues, si señor le respondió, y Unamuno entonces le contestó: dime ¿tú crees en la inmortalidad? —pues si señor, y Unamuno le hizo esta pregunta final: ¿y si hubiera Dios y no inmortalidad?. ¿A ti que te parece?. Entonces, dijo el viejo para qué Dios. Ya se ve que la contestación del humilde labriego tenía, y mucha, miga. Nada más evidente pues: al hombre le interesa la inmortalidad, y Dios como garantía de ella.

No discutamos las consecuencias que Unamuno obtuvo de semejante anécdota. Basta con reconocer en cambio la afirmación de que la vida es vida consciente, y por tanto, debemos admitir que es también dolor, pues sería absurdo creer que puede haber dolor o placer inconscientes. Schopenhauer llevó su tesis hasta hipóbole, sosteniendo que el ser en todas sus formas también es consciente. Para él la vida es esencialmente consciente y por tanto dolorosa. En esencia es esfuerzo y éste por tanto dolor. El placer es reductible al no dolor. Como se ve crea un exceso de especulación, pero desde el punto de vista relativo no deja de ser una teoría más o menos aceptable. El hedonismo absoluto es inaceptable, cabe admitir, empero, que quizás la dosis de dolor en todas las formas, desde el más leve hasta el más agudo, pueden ser combatidos con los recursos de las ciencias médicas o psicológica. Bajo ningún concepto podrá eliminarse la sensibilidad hedónica, puesto que el dolor y el placer guardan relación mutua. Considérese por ejemplo la felicidad de la convalecencia, donde el profundo placer que se experimenta se explica en gran parte por el dolor sufrido. Más no imaginemos que existe una sola forma de dolor. Si bien se mira existe un dolor que determina la evolución progresista del ser viviente, sobre todo del hombre. El dolor común podemos lla-

marlo dolor utilitario, pues está vinculado a la lucha por la vida. El otro dolor es, mucho menos evidente, pero real y depende de la evolución. Estamos en pleno descontento universal. Es lógico pues que sea fácil probar, de modo teórico por lo menos, y contemplando la vida en conjunto, que la vida es esencialmente evolutiva, y no mediante el dolor pragmático. Podemos pues combatir con el dolor utilitario. La anestesia oportuna hará prodigios, en cambio es discutible que el otro dolor, estímulo de la evolución de la vida, se pueda atenuar o suprimir. Estos dolores pueden recibir los nombres de dolor pragmático para el primero, el más consciente, y para el segundo dolor *elánico*. Debo advertir que esta palabra francesa fue tomada por Bergson de una expresión de Fouillié, hablando de un *Elán de evolución*. Por otra parte tenemos un término castellano que posee la misma raíz de la palabra francesa, cual es la de *elación*. Ciertamente es que la palabra francesa tiene un matiz distinto al de la palabra castellana; pero es, perfectamente lícito identificarlas en los dos idiomas. Bergson contribuyó en forma extraordinaria, en dar prestigio a la palabra *elán*. Pero por nuestra parte hemos dado a esa palabra un significado hedónico, o mejor dicho heróico, difuso a través de la evolución o sea, de henchimiento vital. Como se comprende esta forma de sensibilidad pasa inadvertida, siendo así que la sensibilidad hedónica es de utilidad inmediata en la lucha por la conservación de la vida.

Nada más evidente que el carácter unilateral del pesimismo y del optimismo, si encaramos la vida desde el punto de vista de la consciencia hedónica. No es así sin embargo si tenemos un concepto hegeliano. El filósofo alemán Hegel encaró el pesimismo y el optimismo desde el punto de vista dialéctico, lo cual hoy hallamos, más o menos, la misma tesis en B. Croce. Dialéctico significa, no ya cual o tal teoría lógica, clásica, sino los conceptos que se oponen y se entreveran. El mal y el bien por ejemplo, se mezclan en forma activa, lográndose que el bien triunfe siempre sobre el mal, pero no eliminando el mal, lo que no es posible, sino siempre de acuerdo y en forma solidaria.

Científicamente son formas psíquicas cardinales y como es natural tienen modalidades patológicas. El placer y el dolor echan sus raíces en las profundidades del organismo; pero emergen con

frecuencia en la consciencia. Ambos modos se entrecruzan y crean un sin fin de fenómenos, entre otros los de carácter mórbido. Con todo es importante demostrar que, aun las formas normales, guardan relación con las manifestaciones de la consciencia, constituyendo las ideas fijas o normales, y por medio de la coalescencia de ambas formas hedónicas, es posible distinguir como dije la sensibilidad inmediata utilitaria y la elánica. Es sabido que la psiquis es mucho más amplia que la consciencia. Más aún: debe entenderse por consciencia la relativa manifestación de la psiquis. La consciencia puede o no existir y en muy diversos grados. Sin embargo, cabe reconocer que la consciencia es de extraordinaria importancia. Casi constituye toda nuestra vida psíquica y vegetativa. Bastaría mencionar toda la enorme red de reflejos que forma nuestro cuerpo, y no menos los actos reflejos cerebrales. La trascendencia de los actos reflejos psíquicos y el automatismo psicológico en general componen buena parte de nuestra vida anímica. Ocurre, sin embargo, que a veces se producen desintegraciones de los bajos fondos psíquicos y ejercen una acción morbosa en el bajo nivel de la psiquis. Existiría una especie de, como se lo ha llamado, "cuerpos extraños", alterándose por ende, la unidad de la personalidad, cuya característica esencial reside precisamente en su unificación.

El psicoanálisis, que no consideraré, ha creado un método para arrancar de cuajo esos traumas. Nada más legítimo desde el punto de vista científico y filosófico. Precisamente con ello se ha probado que la persona normal tiende a ser una, y digo tiende, porque la personalidad es un proceso y no una cosa. Por ello el psicoanálisis de Freud supone precisamente la realidad de una psiquis normal de carácter espiritualista, pues, hay que admitir que la idea de "censura" es cumplida por la personalidad como la inteligencia y voluntad. Y no debe sorprendernos. El famoso psicólogo era un hombre de cultura literaria y un tanto filosófica, lograda en forma indirecta. Recuérdese si no el amplio uso del complejo de Edipo, de catarsis, etc. Verdad es que tenía, en medio de su genialidad temeraria una ideación maniática y espectacular. Su cultura literaria le permitió dar a sus conceptos, duramente sostenidos, un cierto brillo estético. Así, por ejemplos inspirado en Aristóteles se

permitió suscitar una palabra que logró no poca fortuna popular o por lo menos en la clase intelectual semiculta. Sabemos que el gran filósofo griego concibió la idea de *catarsis*, expuesta en su *Poética*, para aplicarla al fin del arte, imaginada como medio para librarse de las pasiones merced a la forma expresada. La consciencia estética tendría, pues, una función purgativa. Freud dióle a esa idea un papel preponderante, trasladando la noción de vivencias, primero a lo psíquico y luego a lo social e histórico. La noción de vivencia, o estado anímico, puede ser mórbida. En cualquiera de estos casos pueden ser sometidos a la catarsis. El método curativo, mediante la asociación de ideas dirigidas y la interpretación simbólica, permite lograr que la consciencia catártica alcance plena claridad de lo que no se conseguía en el estado de vivencias. Nietzsche aplicó esas ideas por lo menos en parte afines, sobre todo cuando se figuró que la moral cristiana se había formado, oscuramente en la religión elemental de la psiquis o sea de una moral de esclavos. Como se comprende es un concepto harto absurdo en Nietzsche. Para admitir semejante ética es menester dar más claridad a su noción del superhombre. Podríamos decir que tanto Freud con sus ideas, por lo demás inspiradas en el sensualismo filosófico y Nietzsche con sus grandes vaguedades, que ambos pensadores pecan por excesiva pobreza metafísica, sin perjuicio de tener una, ya que es imposible en última instancia, carecer de ideas filosóficas últimas. Conviene además dejar bien claro que ambos autores hacen amplio uso de lo que no han probado suficientemente. Son ideas vividas y aplicadas en lo secundario, pero no pensadas con profundidad de rigor técnico. Todo ello claro está, permite sin embargo, reconocer que son figuras filosóficas singularmente conspicuas.

No menos corresponde considerar las hipérboles de Marx. Es sabido que subordinó la economía a la ideología. Vio en ésta sólo un miraje del interés económico de una clase determinada. En sustancia todo se reducía a un montaje pragmático que tenía una función histórica, más no una verdad en sí. Pragmatismo, pues, y no principios. Semejantes doctrinas simplifican demasiado las cosas. Se diría que se complacen en explicar lo superior por lo inferior, y por cierto que a veces tienen razón, pero no en todos los casos, esto es frente a la importancia del pensamiento objetivo y de la

personalidad humana. Me trae a la memoria una anécdota, inspirada en el espíritu del criollo, muy despectiva por lo demás, es decir, siempre tendiendo a explicar lo superior por lo inferior. El paisano suspicaz, cuando miró un Cristo tallado en naranjo exclamó: ¡A mí no me embroman: lo conocí naranjo!". Ya se ve que sólo veía lo superior por lo inferior.

No cabe duda que ciertas teorías son perfectamente justificadas. Hasta diríamos que no hay nada más legítimo que la chismografía más o menos verídica; pero no confundamos la parte con el todo, o sea la mariposa con el gusano. No expliquemos el Cristo por medio del naranjo. La creencia, de fondo dogmática y desprovista del menor fundamento, es una vivencia. Nada más legítimo que el concepto de catarsis, siempre que se amplíe y se eleve. Empero, puede asegurarse que la psiquis es esencialmente dogmática, simplemente porque la vida sin ella es dogmática. Pero la consciencia crítica en muchos casos puede elevar la catarsis a la altura de la libertad espiritual. La vivencia, inconsciente o consciente es vivida como dije, más no pensada. Sin embargo, un espíritu más o menos culto puede transfigurar la vivencia en idea, vale decir en convicción dando, por ende, intervención a la consciencia crítica o sea a la razón y a la libertad. De ahí por qué podemos afirmar que el concepto de catarsis puede ganar en dignidad filosófica. Sería algo así como el vestíbulo de la razón.

Sin dejar de reconocer la importancia que el psicoanálisis ha conferido a la idea de catarsis, y sometida a críticas, la verdad es que Freud ha llamado la atención sobre los fenómenos inconscientes y emancipados de la psiquis total, o sea que ha restaurado la unidad del espíritu. Estas vivencias son de carácter anormal. Sin embargo, podríamos sostener que hay vivencias que no son patológicas. Por ejemplo: el carácter excesivo aunque no total de las ideas fijas, el no menos permanente de las pasiones, que destruye la libertad del espíritu. En este caso, como en muchos, la vida mental tiene un carácter manifiestamente automático. Fuera de dudas que se trata de vivencias, permanentes o transitorias, cierto es que las vivencias normales prestan a menudo un servicio esencial en la vida del alma, pues sería absurdo creer que toda vivencia es patológica o normal porque el hecho de ser automática fuera

injustificable. Volvamos sobre dos ejemplos anteriormente mentados. Recordemos esa forma de dolor vago que hemos llamado dolor *elánico*. Como sabemos, difiere fundamentalmente, de la sensibilidad hedónica. Desempeña un papel utilitario en función de la vida inmediata. Generalmente, está vinculado a los desórdenes vitales. La otra sensibilidad, o sea la *elánica*, puede existir con la plena salud, pues, en rigor, sólo se manifiesta como inquietud, y en el fondo es el oscuro afán de evolución. Estas vivencias son cardinales en la vida de las vivencias, aunque repito que por lo común pasan inadvertidas. En un espíritu culto tantos fenómenos de meras vivencias se truecan en conscientes, más aún: pasan por la catarsis, aunque ésta no tiene carácter patológico, recuperado su espíritu normal. Bien puede afirmarse entonces que existe un grado más profundo de la catarsis o sea de la purificación de las pasiones, y ese escalón es la libertad espiritual. Sin duda una pasión existe como vivencia, y aún ampliamente cultivada por el artista, no siempre necesita elevarse hasta la libertad, ya que cualquier estado de ánimo así sea el más elaborado, está sometido a la vida espontánea del espíritu. Las vivencias son filtradas por la conciencia crítica. En el filósofo se diría que el calor vital se transforma en luz.